

Pastel

Sonó el timbre de la escuela. Todos se sentaron en las bancas, todos excepto Susana, ella se dirigió al escritorio de la profesora, hablaron un momento y la profesora se levantó de su asiento.

—Se ha perdido el celular de Susana ¿alguien lo ha visto?—

Nadie le respondió.

—Pues muy bien, nadie va a salir del salón hasta que aparezca. Saquen todos su mochila—

Comenzó la búsqueda mochila por mochila hasta que llegó el turno de Tania.

Y entonces, apareció el celular.

Tania palideció en el lugar y comenzó a tartamudear.

—Es, eso no, no puede ser, debió ser un accidente—

La profesora soltó un chasquido con la boca.

—¿Un accidente? te veo en la oficina del director—

Llamaron a los padres de las dos alumnas y pronto la conversación empezó a subir de tono poco a poco, “¿Por qué lo hiciste?”, “¿Qué no eran amigas?”, “¿Cómo era posible que hubiera una ladrona en la escuela?”; lo evitable pasó y Tania en llanto fue expulsada.

Esa misma tarde Susana la vio enfrente de su casa, inmediatamente su cara cambio de semblante “¿Cómo se atreve a venir aquí?” pensó, se dirigió a ella a grandes zancadas y la empujó.

—¿Qué quieres?¿Robarme más cosas?—

—Susana, somos amigas por favor tienes que creerme, no fui yo—

—Éramos amigas, hasta que tú me robaste—

Tania intento acercarse a Susana pero Susana la empujó otra vez con más fuerza en el hombro. Tania se cayó golpeándose la cara, la sangre se escurrió por la banqueta manchándola con un rojo intenso. Susana se cubrió la boca con sus manos y huyó a su casa. Martillazos de dolor resonaban en la boca de Tania, en vano trataba de detener el líquido caliente, como pudo tomo su celular y llamó a su madre. Ella la recogió gritando con furia a la casa de Susana, la llevó consigo en el asiento de atrás del coche hasta que llegaron al dentista.

El Dr. Vicente las hizo pasar al consultorio, Tania se moría del dolor pero el hombre tomó su tiempo le abrió la boca, paró el sangrado y pasó su espejo de arriba abajo. Era evidente, Tania ya no tenía los dientes incisivos.

—Una pena, de verdad, pero no te preocupes que te van a volver a crecer—

Se hizo un silencio inmediato.

La madre de Tania le arrojó una mirada ofendida.

—¿De que está hablando? Tania ya perdió sus dientes de leche hace mucho tiempo—

—Sí, eso lo sé, pero señora, en verdad no tiene por que exaltarse ¿Qué pasa si le digo que con unas simples inyecciones le volverán a crecer los dientes mañana?—

—Diría que está loco—

El Dr. Vicente soltó una carcajada.-Está de suerte, hoy mismo me visita un excelente dentista, qué digo excelente, una eminencia que le va solucionar su problema. Déjeme presentarlo- El doctor casi saltó de su asiento para ir al cuarto contiguo, unos minutos más tarde apareció con otro doctor, un tal, Dr. Alfonso, como lo presentó, ellos sonrieron lo que puso a las dos con los pelos de punta.

—No es ninguna locura le aseguro, el Dr. Alfonso ha estudiado los dientes de los tiburones por mas de 10 años ¿No sabía que los tiburones pueden tener hasta 20 mil dientes en su vida? Claro, también los pierden fácilmente pero eso se arregla con el componente especial hecho de resina, coral y perlas ¿No le parece extraordinario?—El Dr. Alfonso asentía con cada palabra del Dr. Vicente y agregó:

—Además ya es una tendencia en Japón y lo mejor es que no van a pagar nada por ser este un caso especial—

El Dr. Alfonso saco un maletín y lo abrió, allí había unas 30 jeringas todas bellamente acomodadas, el dentista procedió a sacar dos jeringas.

—Ya verás, pronto vas a estar como nueva, y si hay algún dolor les dejó una adicional—

El dentista se puso en frente de ella y empezó a meter la delgada aguja, no había mucho que ver alrededor solo cuadros con manchones de pintura azul y verde, las paredes también tenían un azul opaco y no se oía nada excepto el segundero del reloj, Tania sentía el sabor metálico llenándole la boca, ni siquiera quería imaginar como se veía, sus ganas de llorar inundaron su garganta. Si era cierto, por Dios santo, si era cierto, ella iba a recuperar su vida no importa lo que pasara, iba a perdonar a Susana, iba a estudiar más, hasta iba a hacer su tarea. La segunda aguja comenzó a clavársele dentro, sentía un dolor insoportable, la anestesia no estaba ayudando, sus lagrimas comenzaron a salir y su mirada se clavó en la pared azul, tenia que aguantar no solo por ella sino por su mamá, ella tenía todas las esperanzas puestas en ella, “el futuro de la familia”, aferró sus manos hasta rasgar las vestiduras del sillón y se desmayó.

Cuando recuperó la conciencia ya estaba en casa, su madre estaba a lado de su cama con una sonrisa.

—Qué bueno que despertaste, mi amor ...¿Quieres verte en el espejo?—le dijo tímidamente
—Sí mamá, tráemelo por favor—Tania respiró profundamente y se sentó.

Su madre le tendió el espejo y Tania lo alzó frente a ella decisivamente.

No era posible pero ahí estaban, sus dientes estaban completos, Tania se los tocó como quien descubre algo por primera vez, eran tan perfectos, tan blancos, tan.. nuevos. Tania sintió que podía respirar de nuevo volteó a ver a su madre que tenía los ojos llenos de lagrimas.

—Esto hay que celebrarlo—

Las dos se pusieron extáticas fueron a un restaurante pidieron los platillos más caros, fueron al cine y sus sonrisas no se desvanecieron hasta se podría decir que durmieron con las sonrisas puestas.

A la mañana siguiente la sonrisa de Tania no había desaparecido, se despertó y fue directo al espejo del baño para descubrir por segunda vez su hermosa sonrisa blanca. Se comenzó a cepillar sus dientes pero el cepillo se atoró en algo, algo estaba obstruyendo el paso del cepillo, Tania se acercó a espejo abrió la boca había un bultito muy blanco en el interior de su mejilla. Era un diente. Tania saltó para atrás horrorizada, gritando salió corriendo con su mamá.

—¡Quítamelo, quítamelo por favor!—

Su madre se quedó estupefacta y llamó al dentista. Discutieron por el teléfono varias horas hasta que su madre tomó las llaves del auto.

—Quédate aquí, ya vuelvo—

Tania volvió a su cama se encerró en la cobijas tapándose la cabeza ¿Qué iba hacer? ¿Qué era esto? ¿Por qué le pasaban estas cosas? Oyó la puerta cerrarse. Su madre había vuelto pero no quería saber nada, todo estaba arruinado.

Su madre entró cuidadosamente vestida con una sonrisa.

—Ya no te preocupes, todo va estar bien— su mano sacó de su bolso una inyección, esta era mas gruesa y más larga.

—Con esto todo se va a solucionar—

Ella se quedó quieta y cerró los ojos resignándose a la frialdad del metal punzante.

Pero al día siguiente el bulto no desapareció ni tampoco lo hizo al otro día ni a la semana ni al mes siguiente en lugar de eso más bolitas blancas aparecieron, su cuerpo parecía ser un árbol de perlas, a veces le crecían como racimos de uvas blancas y otras como algodones rígidos. Tania ya no se levantaba de su cama y ni siquiera lo hizo cuando su mamá preparó un pastel de fresa, su favorito, tal vez hoy era un día especial.

Un pastel de fresa decorado con las perlas más brillantes que había visto, por su puesto lo aceptó y por su puesto se lo comió, Susana estaba realmente feliz de haber recibido de cumpleaños regalo tan bonito. Los días pasaban y el sabor del pastel seguía en su memoria aunque también las perlas por que ahora tenía una en la nuca.